

el doble á esa muger venal, que al fin, como es americana, se dejaria seducir muy fácilmente con el brillo del oro.

—Pero..... no hay que pensar en eso, doña Felipa, pues ya ve usted que ni mi edad, ni mis recursos, ni nada, podrian hacer el contrapeso que se busca.

—Tiene usted razon.

—Pero no obstante, yo no quito el dedo del renglon y verá usted como siempre algo se consigue.

Don Aristeo y doña Felipa estuvieron hasta muy tarde en la asistencia, dándoles á los asuntos de Sanchez mas vueltas que á un asador!

CAPITULO XXVI.

LA TRIBULACION DE SANCHEZ.

SANCHEZ entró á su casa á las ocho de la mañana del dia siguiente, y venia abrumado de malestar y de tedio.

La luz de aquel dia, habia brillado siniestra ante sus ojos, y la realidad de su situacion pesaba sobre su alma como una carga insoportable.

La saciedad de su reciente vigilia habia agotado en su alma ese conjunto de aspiraciones y de deseos que prestan al hombre el vigor y la esperanza; el mundo se despojaba ante sus ojos de todo encanto y la peremne ame-

naza de su ruina le trazaba triste, desierta, la senda de su porvenir.

Sanchez habia adquirido en aquellos momentos cierto poder de fantasía, cierta lucidez de ideas que no eran comunes en él: no parecia sino que relajadas sus fuerzas físicas, abandonaba su cuerpo á su precisa reaccion y todas sus facultades morales estaban como bajo el influjo de una exacerbacion febril.

Sanchez despues de una larga y silenciosa concentracion, exclamó sin sentirlo.

—¿Qué horrible es ver claro!

Efectivamente, Sanchez estaba viendo claramente su inevitable ruina, y al volver los ojos al hogar doméstico, al buscar ese consuelo de la confianza familiar y de las mútuas intimidades, encontraba su casa vacía; y allí, donde creia encontrar una compensacion, estaba el embrollo y la guerra doméstica: reo del delito de infidelidad, sufría la pena del talion, considerándolo á Amalia próxima á abandonarlo y á las gentes que lo rodeaban recelosas y hurañas, esperando el fin de aquel estado de cosas, efímero y delesnable; leía en cada semblante la desconfianza, en doña Felipa una reserva extraña; en su compadre un ojo penetrante que le adivinaba á su pesar todo lo que Sanchez pensaba; en sus criados veía acreedores pasivos, pero en cuyo semblante leía Sanchez aquella mañana precisamente un secreto reproche y un disgusto mal disimulado.

En un momento iba á ver desaparecer el conjunto de

apariencias de rico que le rodeaban, para convertirse tal vez en reo entregado al desprecio de las gentes y al poder de los tribunales.

Hacia dias que Sanchez habia tocado á varias puertas, que habia recurrido á ciertos amigos de cuya amistad y poder no debia dudar, y uno á uno, con diversos pretestos y de distintos modos se habian escusado, haciéndole perder una por una todas sus esperanzas.

El abogado encargado de algunos de los asuntos de Sanchez, no tenia ya por su parte ninguna fé en prolongar la situacion; la fuerza de inercia estaba agotada, la transitología judicial recorrida, los plazos al vencerse y todo en fin, auguraba que Sanchez bajaria en breve de su falso pedestal para ser entregado al desprecio público.

Un mundo de reflexiones acudia á la imaginacion de Sanchez, y agobiado con sus propios pensamientos, habia permanecido mas de una hora y media sentado en un sillón y sin cuidarse de nada de lo que inmediatamente le rodeaba.

D. Aristeo, interesado como estaba en ponerse al tanto de los asuntos de la casa, hacia tambien largo rato que habia aparecido á la puerta de la pieza en que estaba Sanchez, pero al verlo tan abstraído, Don Aristeo prefirió guardar silencio.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Sanchez y como si temiera que aquella verdadera expresion de su estado moral fuese sorprendida por algun importuno, vol-

vió la cara en torno suyo, para cerciorarse de que estaba solo, cuando vió á Don Aristeo casi frente á él.

Sanchez se estremeció, como el culpable cojido infraganti y procurando reponerse exclamó:

—¡Ahl ¿es usted, compadre?

—Sí; venia á saber si ha habido novedad.

—No: ninguna, dijo Sanchez haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad y en seguida agregó:

—¿Ha venido alguien á buscarme?

—Los de siempre, contestó tranquilamente Don Aristeo.

—Bórreme usted de todos los periódicos, ya no quiera periódicos, no he leido uno solo, están muy insulsos, todos dicen una misma cosa.

—Bueno, contestó Don Aristeo.

—¿Y Amalia?

—¿Amalia? bien, no ha habido.....

—Quisiera hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Vea usted, compadre, hoy parece que está usted mal dispuesto, despues del reciente disgusto y de.....

—Es, que estoy decidido á tomar una determinacion.

—Ya veo que eso es indispensable; pero si á usted le parece empezaremos por lo que mas importa.

—¿Y á qué asunto le da usted la preferencia, compadre?

—¡Cómo á cuall al de la finca de Oaxaca; vea usted que mientras mas tiempo se pase.....

—Bien; pero ya sabe usted que la dificultad es el dinero; ya sabe usted que yo no puedo disponer por lo pronto de un centavo.

—Suprimiendo algo.....

—¿Algo? ¿qué quiere usted que suprima?

—Podia usted hacer un ahorro de trescientos pesos.

—¡Ahl dijo Sanchez, ¡ya, ya sé adonde vamos á parar!

—Ya verá usted; añadió D. Aristeo, que eso lo consilia todo; me da usted trescientos pesos en señal de trato, y tiramos en seguida la escritura en la que cedo á usted todos mis derechos y acciones.

Don Aristeo y Sanchez se engolfaron en el intrincado negocio de la casa de Oaxaca, cuyos pormenores ofrecen poco interes para el lector; y despues de haber hablado mucho, Sanchez se decidió á presindir de la cocota, sacrificándola en aras de sus necesidades.

Don Aristeo no pudo contener una exclamacion de júbilo, al pensar que con aquellos trescientos pesos iba á sustituir á Sanchez en su papel de gran señor al lado de la muger mas encantadora que habia visto en su vida.

Iba D. Aristeo á suspender aquí su entrevista, una vez que habia conseguido su objeto, pero Sanchez le obligó á continuar, haciendo recaer la conversacion sobre Amalia.

—Compadre, yo no queria decir nada y aún creo que no será nada tampoco; pero Amalia.....

—Amalia, ¿qué?

—Amalia no está en casa.

—La verdad, no.

—¿Adónde fué?

—Dicen que á la casa de la Chata.

—¿No durmió aquí anoche?

—No, no, compadre; anoche no durmió.....

Sanchez montó en ira; se puso hecho un energúmeno, pateó y se propuso armar un escándalo; mandó llamar á doña Felipa á fin de que buscara á Amalia en la casa de la Chata.

—Yo creo que todo eso es inútil, dijo doña Felipa; á mí nadie me quita de la cabeza que Amalia se ha ido con intencion de no volver mas; la Chata ha estado aquí y se llevó algunos bultos de ropa y no sé cuantas cosas mas.

—¿Y tú lo has permitido?

—Qué habia yo de hacer; ya sabes que no me gusta meterme con Amalia, y debido á esa prudencia hemos podido estar en paz; pero digo lo que me parece, porque ya sabes que todo lo observo.

—Esto no se puede quedar así, compadre, voy á dar pasos; voy á ver al gobernador, á la policía, y á todo el mundo.

—Poco á poco, compadre; es necesario tener mucha prudencia en estos asuntos.

—¡Prudencia cuando le juegan á uno las barbas! ¡Prudencia cuando esta muger por quien tanto me he sacrificado se va de mi lado sin decir una palabra!

—Razon de mas para suponer, dijo D. Aristeo, que acaso no se haya marchado para no volver, porque lo que es ayer ha mandado avisar que no se le esperase; y la pru-

dencia aconseja esperar. ¿No le parece á usted bien, compadre?

—Sea por ahora; pero si se pasa el dia.....

—Ya veremos, compadre, ya veremos.

Al oír las once Sanchez pensó en la oficina, y como era dia de quincena, se apresuró para salir de su casa; aunque en materia de quincenas cada una que pasaba era un suplicio para Sanchez viéndola pasar á ageno poder.

No bien hubo salido Sanchez, D. Aristeo se puso al tocador y volvió á engalanarse como el dia en que fué á visitar á la cocota.

—¡Cómo, señor D. Aristeo! ¿estámos de tiros largos?

—Tengo que hacer en los juzgados, contestó D. Aristeo, quien tenia ya estudiada su respuesta. Por fin se ha conseguido algo; parece que mi compadre se decide á hacer la economía de los trescientos pesos.

—¡Bueno, bueno! exclamó doña Felipa; y quiera Dios que las cosas se compongan, señor D. Aristeo.

No necesitamos decir hácia donde encaminaba sus pasos D. Aristeo.

Al llegar al número 3 de la calle en que vivia Kitty, encontró D. Aristeo al vagamundo, como si lo estuviera esperando.

—¡Buenos dias, señor!

—Buenos dias, contestó maquinalmente D. Aristeo.

—¿No se le ha olvidado á usted el número?

—¿Qué número?

—El 3.

—¡Ah! ¿eres tú, pillastre? Toma y ve por donde no hagas daño.

—¡Ah! ¡qué señor! dijo el muchacho tomando la propina que le dió D. Aristeo, y echando á correr á lo largo de la calle.

Don Aristeo subió y se hizo anunciar.

—¡Mi buen amigo! dijo Ketty al recibirlo.

Don Aristeo, á pesar de haberse preparado lo bastante para arrostrar con la emocion de aquel momento, estaba temblando.

Cuando se sentó aún le sumbaban los oídos, y la idea de que al entrar allí iba á alcanzar la mas tentadora de las dichas que habia soñado, lo embargaba completamente, al grado que por un largo rato no pudo desplegar los labios.

Para Ketty, aquella emocion de D. Aristeo equivalia á una salva de aplausos, y se lisonjeaba su vanidad de muger, á pesar de la triste figura y los años de D. Aristeo, pensando en que su hermosura era la causa de la revolucion que se operaba en su visitante.

—No debe usted extrañar, dijo al fin D. Aristeo, que me encuentre tan vivamente impresionado en presencia de usted; digo impresionado para expresar..... Usted comprende bien el castellano, ¿no es verdad?

—Sí señor, un poco.

Don Aristeo, que habia hablado en su vida muy pocas veces con extrangeros, pensaba lo que todas las personas

que solo conocen su idioma; le parecia que Ketty no lo entendia perfectamente; se figuraba que tal vez sus mas bellas construcciones gramaticales y sus mejores frases, ¡ban á ser palabras al viento, por no estar al alcance de Ketty.

Don Aristeo deseó de todo corazon saber ingles ó frances, ó el idioma que conociera Ketty mas á fondo, pues deseaba aprovechar todas su ideas para inspirarle interes y cariño á Ketty por medio de su elocuencia.

—Desde el momento en que usted tuvo la amabilidad de recibirme, manifestándome generosamente que un hombre como yo podia hacerse amar, me abrió usted la puerta de la esperanza, mas.....

—¿Cuál puerta, señor?

—Quiero decir, me inspiró usted una esperanza, tal vez la mas risueña de mi vida.

—¡Ah! sí señor, usted debe tener esperanzas en sus minas de usted; las minas dan mucho dinero. ¿Y van bien las minas, señor?

—Perfectamente, exclamó Don Aristeo, hoy debo recibir dinero de las minas, mucho dinero, mucho *mones*, se atrevió á decir el viejo para darle á su idea mas realce y pensó: así está bueno, esto es un golpe certero; sus ojos se han animado y hasta ha sonreido cuando dijo *mones*.

—¡Oh! bien, muy bien, dijo Ketty!

—Y dígame usted, señorita, ¿supuesto que tengo minas, me será permitido preguntar á usted.....

—¡Oh! sí, puede usted preguntarme.

—Decía yo..... preguntar á usted si podría yo..... en fin, conseguir que usted me ame.

—Usted lo sabe, señor..... yo no puedo decir.....

—Porque, oiga usted..... creo que Sanchez.....

—¡Oh! Sanchez! Sanchez! dijo Ketty con cierto enfado, Sanchez tiene malos negocios y no hace pagos estos meses; Sanchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá á visitar á usted?

—Sí señor, Sanchez puede venir, pero el señor Sanchez no es amigo mio, yo lo recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto Don Aristeo necesitaba para ser feliz y solo pensaba que el tiempo era precioso y que no debía sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posición con respecto á Ketty.

CAPITULO XXVII.

SIGUE LA TRIBULACION DE SANCHEZ Y EMPIEZA LA DE DOÑA ZEFERINA.



UY poco tiempo tardó Sanchez en convencerse de que Amalia lo había abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya había combinado no sabemos cuantos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

“Sanchez.

“Todo ha concluido entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi